



EPISTOLARIO ÍNTIMO de ÓSCAR CASTRO

Selección

Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris

Prólogo

Manuel Peña Muñoz



ÓSCAR CASTRO

Epistolario íntimo de Óscar Castro

SELECCIÓN: PEDRO PABLO ZEGERS Y THOMAS HARRIS
PRÓLOGO: MANUEL PEÑA MUÑOZ

COLECCIÓN JOYAS BIBLIOGRÁFICAS

dibam
DIRECCION
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR

Introducción

COMO ARCHIVO DEL ESCRITOR DE LA Biblioteca Nacional, nos complace enormemente la publicación de este epistolario de Óscar Castro a Isolda Pradel, seudónimo de Ernestina Zúñiga, su mujer.

El motivo de este regocijo tiene diferentes facetas: una, la primera, el carácter de las cartas donde se expresa en una dimensión diferente, más abisal, tal vez, profunda, sentida y dolorosa, los sentimientos que alegraban y atormentaban el espíritu del poeta. Por otra parte, la manera cómo se ensancha la escritura siempre tan sutil, delicada, pero no por eso menos comprometida con los más profundos sentimientos humanos de Óscar Castro, en la intimidad del diálogo con la mujer que se ama. Otra, y creemos que es

dable y necesario manifestarlo, el hecho de que Isolda, mientras trabajábamos en este epistolario, compartía no sólo labores en este archivo, sino, además, nos prodiga la alegría de su personalidad tan especial y generosa, tan optimista y vital, diariamente. Valga, entonces, este trabajo como un homenaje a esta gran mujer que no ha descansado en el trabajo cultural y en el diálogo con estudiantes, sobre todo, en relación a la vida y obra de Óscar Castro.

Finalmente, creemos que el valor tanto lírico como testimonial de este epistolario, justifica con creces su edición, así como presentará para el lector momentos de indudable placer y estremecimientos intelectuales y emocionales.

Pedro Pablo Zegers Blachet
Thomas G. Harris Espinosa

Epistolario íntimo de Óscar Castro

SUELEN LOS ESCRITORES DEJAR TESTIMONIO póstumo de sus sentimientos a través de las cartas y diarios de vida que se editan al cabo de los años. Estos preciados materiales literarios dan cuenta de la sensibilidad de los autores puestos a escribir sin pensar en fines estéticos ni en la posteridad. Sólo el impulso guía la mano de estos artistas que se expresan sin tapujos y dejan aflorar hacia un solo destinatario la pura y simple emoción.

En el caso del poeta rancagüino Óscar Castro —en ascendente valoración a medida que pasa el tiempo— estas cartas personales escritas en la década del cuarenta, sorprenden a medio siglo de haber sido escritas. Tienen pureza de alma y finura de espíritu. Parecen además escritas ayer. Conservan frescura y una sincera profundidad de sentimientos. Están traspasadas de una gran autenticidad y eso hace que emocionen al leerlas aunque haya transcurrido el tiempo. Ade-

más, el idioma sigue teniendo encanto. Pese a que no hay correcciones de estilo y que han sido escritas al correr de la pluma, estas cartas conservan un genuino valor literario ya que su castellano posee universalidad, clasicismo y una conmovedora ternura. Además, sus contenidos amorosos siguen teniendo vigencia. Son los de un poeta soñador que lamenta la ausencia de la amada y le escribe cartas transidas de pasión y nostalgia.

Hoy, en una época tecnócrata, estas cartas de amor de Óscar Castro a Isolda Pradel vienen a ser un sano y fresco respiro lleno de añoranzas hacia una época que quizás valoraba más la vida de los afectos.

En total son dieciocho cartas que la viuda conservó amorosamente al cabo de los años y que gracias a su generosidad podemos conocer y compartir ahora, los lectores del fin de milenio.

Las cartas están escritas en distintas

circunstancias. Las primeras datan de 1941 y las últimas de 1946. Son todas cartas en las que el poeta refleja la tristeza de estar lejos del ser amado por diferentes motivos. Maravillados, nos asomamos a un universo espiritual. Y a medida que avanzamos la lectura, quedamos sorprendidos por tanta belleza. Al final, nos queda la certeza de que Óscar Castro fue rozado por el ala de un ángel al nacer. Por eso, todo lo que toca, lo convierte en poesía: los árboles, los pájaros, las estrellas. Le llama la atención la Cruz del Sur y en la estrella pequeñita ve a la amada guiñándole un ojo. Desde entonces, siempre mirará a la noche para acercarse al alma de Isolda a través de una estrella.

El corpus principal de cartas es de cuando el poeta está de viaje en el sur, como profesor acompañante de un grupo de alumnos del Liceo de Hombres de Rancagua "en viaje de estudios". A medida que transcurren los días, en las sucesivas giras con los muchachos estudiantes, se van quedando en el Palace Hotel de Valdivia, en el Gran Hotel Heim de Puerto Varas y en las Termas del Flaco de San Fernando, evocándonos en hermosas descripciones el ambiente de estos hoteles sureños. Y mientras viaja en tren en estas excursiones obligatorias va descubriendo la geografía poética de bosques, ríos y montañas.

Principalmente van a visitar Valdivia, Puerto Varas y los pequeños pueblos en torno al lago Llanquihue. Extasiado, contempla

la naturaleza y se emociona ante las cascadas y ante "un barajamiento confuso de araucarias, helechos, quelantares, canelos y árboles de un verde distinto en absoluto de cuantos hasta hoy había conocido".

Como los grandes poetas, es un aficionado a la botánica y reconoce a la "mimosa púdica" que es "una planta semejante a un helecho común que encoje todas las hojas de la rama cuando uno la toca". Enamorado de los volcanes sureños, busca la soledad y en ella se reencuentra consigo mismo y encuentra a la vez a su amada en la voz del silencio.

En todo momento, el poeta se aparta del grupo. Dotado de una hipersensibilidad, no comprende cómo sus compañeros de viaje permanecen inmunes al paisaje, imposibilitados del goce estético. Entonces, pareciera que la pluma y el papel se convierten en sus aliados. A través de la palabra, el poeta busca una suerte de comunión con Dios. Y es que pocas veces en la poesía chilena encontramos tanto misticismo como en la obra de Óscar Castro. Incluso en estas cartas se nos revela en una profunda dimensión espiritual.

Se ve también que en su formación literaria están los poetas españoles modernos, especialmente Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca, de quienes toma sentimiento y forma. El primero le enseña a extasiarse ante la paleta cromática de amaneceres y arreboles. El segundo, le traspasa vocabulario y dimensión poética del paisaje. Sabe Óscar

Castro hacernos emocionar hasta las lágrimas con sus tonalidades del cielo. Y sabe también mostrarnos el otro lado de las cosas, porque logra embellecer y poetizar hasta los objetos más humildes y domésticos con su mirada. Así, son bellas las escenas hogareñas que pinta en torno a un brasero. Y hasta es hermoso ese niño que juega junto a la lumbre “con una cáscara de huevo”. Hasta la pobreza se humaniza y se reviste de magia en la prosa poética de este cantor de los seres desvalidos y de las cosas pequeñas. Por eso, cuando pasa por un perdido pueblo sureño, escribirá: “En San Rosendo, el viento traía ya pregones de un alba todavía invisible. La ciudad se ofreció a mis ojos como un dormido campamento de casas fantasmas, bajo una luna menguante que se iba deslavando en calofríos de topacio nuevo”.

Otro elemento interesante en este epistolario es el acercamiento que nos brinda el poeta al ambiente literario de su tiempo. Así, conocemos los detalles de imprentas y edito-

riales. El autor viaja a Santiago y va a leer a un escaño al cerro Santa Lucía, después de almorzar “en el Viena”. Pasea por una capital que imaginamos dormida y provinciana. En apretadas páginas, comparte con su amada el destino y trascendencia de sus libros iniciales: *Huellas en la tierra*, *Viaje del alba a la noche*, y *La comarca del jazmín*. También le cuenta sus encuentros con el novelista Mariano Latorre que andaba “interrogando a los pájaros y escarbando las rocas”.

Hacia el final, sentimos de cerca la enfermedad del poeta afectado de un asma bronquial y la fatal proximidad de una muerte temprana. Al cerrar el epistolario, nos queda la sensación de tantas palabras y versos que no alcanzaron a decirse ni a escribirse. Pero Óscar Castro ha sabido irse por la senda más fina. De todo, nos ha dejado la transparencia de sus emociones, la limpidez de su prosa y sobre todo, una bella y profunda lección de amor.



Isolda Pradel y su hija, Ivelda Castro, en el Parque Ross, Pichilemu.

*Cartas de
Óscar Castro*

Isolda:

Desde que me separé de ti, he pensado largamente en nuestra conversación de anoche. Vuelto a mi casa —nuestra casa—, siento más clara que nunca la impresión de que hemos descubierto, tras desgarrarnos, una verdad luminosa y pura. Nos amamos, y eso basta para que tu vida y la mía puedan tener lumbré nueva, como la tiene cada mañana una estrella. Rechazando la tentación de trabajar en mis cuentos, dejo a un lado la máquina para coger esta pluma que me regalaste y trazar palabras que desean tener intimidad de cosa dicha a media voz.

Nuestro apuro de esta mañana fue inútil, Isolda: el tren parte a las nueve en punto y yo llegué a la estación 25 minutos más tarde. Quise venirme en góndola, pero tampoco fue posible, porque el camino, a causa de la lluvia, se hallaba cortado en Hospital. Fui entonces a ver a Nascimento. El hombre está envidioso del éxito obtenido por *Huellas en la tierra*. Me habló con su animación característica de otros grandes cuentistas, procurando sin duda ensombrecerme. Lo apoyé en sus elogios y terminé diciéndole que mi libro era mediocre. Pareció desconcertarse y varió de tema... Villablanca me dijo textualmente: "Dentro de un mes, si quiere Ud. hacer una liquidación de *Viaje del alba a la noche*, se llevará una sorpresa". ¿Habrás que creerle? Presumo, sin embargo, que hablaba en serio. "Huellas" ha empujado la venta de los dos volúmenes anteriores.

Anduve después por esas calles, sin desear encontrarme con nadie. Ansiaba tu presencia a mi lado. Te veía en tu cama blanca, entre rostros desconocidos, y creo que era pena lo que me rondaba. Las doce y media me sorprendieron en la Plaza de Armas. Almorcé en el Vicna. Luego se me hizo imperioso el deseo de verte. A punto estuve de tomar una micro para llegarme al hospital. Me detuvo el temor de perder nuevamente el tren que salía a las 3.20. Alcancé hasta el Santa Lucía. Leí en este sitio veinte y tantas páginas de *Angurrientos*, de Juan Godoy, libro que no logró interesarme. Fui a curiosear a las librerías de San Diego: no hallé nada para ti. Y luego, el retorno.

Desde aquí quiero repetirte mis promesas de anoche, porque esta vez ellas son verdaderas, Isolda. Cuando vuelvas, saldremos, solos, para sentir nuestra verdad. Un pequeño programa, como un secreto entre ambos, serán nuestros paseos a lo largo y ancho de Rancagua,

mientras llega la buena estación para visitar los alrededores. Perdóname por haberte abandonado un poco. Ya sabes: son estas fuerzas que me tiranizan y me obligan a buscar la soledad. Yo anhelo compartirme entre mi trabajo diario, mi trabajo verdadero y tú. El primero de ellos, como cosa impuesta e irremediable; los otros dos como dulces y hondas compensaciones.

Mi regreso ha sido feliz en lo que respecta a la Vieja. Hablamos aquí, largamente, como buenos amigos. Pelamos un poco a la Luzmi y a don Alejo. "Vila estuvo aquí anoche; le preparé comida. Llegó a las nueve y se fue a las diez y media". Buen síntoma, pensé yo. Más tarde añadió: "No voy a servirle la comida todavía, por si viene Vila" —¡Alabado sea Dios!, me dije para mis adentros.

Estoy escribiéndote en el comedor. Desde aquí veo la cama y pienso que deberé acostarme solo. Desde hace dos horas y media, cae una lluvia lenta e incansable. Carlos, abstraído, juega con una cáscara de huevo, junto al brasero, frente a la vieja que lee "La hora". Silencio. y una pena que me anda por el pecho. Ahora sé que no debo perderte. No puedo decírtelo cuando estás junto a mí; pero, en la distancia resalta tu verdadero significado en mi vida. Eres una lucecita que alumbra calladamente, sin delatar su presencia. Faltas, y ya todo cobra un aspecto diferente, extraño, falto de alma.

Yo soy muy solo, Isolda. Mírame, y verás que no tengo confidentes ni amigos en quienes confiar. ¿Mis hermanas? Tú sabes... ¿Quién? Tú, Isolda, nadie más. Lo otro permanece aparte de mi mundo, sin rozarme. Se va, pasa, como la sombra sobre un muro.

Pienso en lejanas cosas, en escenas de mi hogar, cuando vivía mi madre. Entonces yo era más humano; aún la vida no me había echado esta dura coraza en los hombros. El tiempo me ha ido apretando como una piedra. Mi alma... No la sentía arder más que en un fuego; el del arte. Esta noche la he recuperado humanizada para dártela en su santa y pequeña desnudez de niño indefenso. No medito para escribir: siento. Y esta es mi verdad, Isolda. Recíbela. Deslígala de todo cuanto he dicho en mis libros. Ahora es tuya: una pequeña y suave cosa; una burbuja, un yuyo, un ala. Así como el poema. Lavada, humilde, sabiendo que fue egoísta, obstinada. Y pidiendo perdón por ello.

Yo una vez oí cantar una flauta en el alba, y su música empapó para siempre mi vida. Era una voz vacilante, crecida entre indecisiones de viento, alzándose como un humo apenas entre la luz cenicienta, volando sin volar, entre formas difusas. Quería decir algo la flauta y no podía. Entonces construía sonidos menudos y lloraba. Así mi corazón, ahora. Flauta, no más. Y el alba sin romper en torno. Y un gran amor, Isolda, que no sabe la palabra que define su nombre.

Un día, puede ser que la vida ponga cosas definitivas entre nosotros. Tú no creerás que te he querido. Pero esta noche he sido sincero y tengo ganas de llorar al ver que no puedo dar una forma distinta a esto que me inunda todo el ser.

Esta noche he sido sincero.

¡Te amo, Isolda!

Óscar Castro

Comunícame lo que ha resuelto Wood.



Isolda:

Solamente anoche recibí tu carta del sábado. Todo por culpa de Carlos, a quien di la llave de la casilla y llegó jurándome que no había nada.

La vieja y yo (hemos estado muy juntos estos días) estábamos preocupados por tu silencio. Yo le había dicho que fuera a verte ayer, pero ella decidió no hacerlo por ignorar si seguirías en el hospital.

Estoy preocupado por ese "terrible experimento" de que me hablas. Presumo que debes haber sufrido mucho, Isolda, y este pensamiento a su vez me hace sufrir. Ojalá que hayas quedado bien. Lo deseo con cada una de las fibras de mi ser, ardientemente, dolorosamente. Quiero también que para el miércoles te halles restablecida. Me iré de aquí en el tren de 1.30 P.M. y tú debes aguardarme en San Bernardo con el pasaje comprado a Santiago. Como dispondremos apenas de unas cuantas horas, quiero aprovecharlas bien en tu compañía.

Hablaremos allá. Estoy escribiéndote en la oficina y la gente molesta. Pero sabes que te quiero, y que desde aquí repito una por una todas las frases que te dijera en mi carta anterior.

Te quiero, Isolda. Llevo tu recuerdo en cada latido de mi sangre y soy tuyo como tu corazón y tus manos.

Un beso largo, hondo, lleno de verdad.

Oscar.

Rgua., 28-VII-931.

No me dices si recibiste mi carta.

Te escribí el jueves por la noche al hospital.

Saluda a la Luzmi, a don Alejandro y a la Nena. Diles que me vine muy agradecido de sus atenciones y que espero poder retribuírselas en una fecha no lejana. Recibe un gran abrazo de la Vieja, y de Carlos. También saludos de ellos para Luzmi y demás de casa.- ¡Te quiero!



Palace Hotel

Valdivia

Chile

Valdivia, 7 de febrero de 1942.

Isolda:

Ayer, al mirar por última vez las calles de Rancagua, a través de las ventanillas del tren en marcha, te mandé un beso más de despedida, cerrando los ojos para abstraerme al bullicio de mis compañeros de viaje. Después, a medida que avanzaba la noche ahogando los paisajes, salí a mirar el cielo y busqué en lo alto la Cruz del Sur. Avanzábamos hacia ella o ella venía hasta nosotros como una paloma de luz con las alas desplegadas. La observé, cada vez más encima de mi cabeza, en Talca, en Linares, en Chillán, porque, aparte de dos o tres habitados a los viajes, ninguno de la comitiva podía dormir. Fue una larga sucesión de siluetas de árboles, espejos de agua, brochazos de casas pintadas de blanco. Y, arriba, estrellas, estrellas, más frías a medida que el Sur nos abría sus hojas. Y, entre todas, las cuatro inconfundibles, en cuya más pequeña solías esperarme. Tu recuerdo se hacía en mí tranquilo a ratos y emocionado en otros. Para evocarte, yo robaba a mi alma tus gestos infantiles, tus actitudes de pequeña regalona, tus palabras tan amigas de mi corazón. En esos momentos —y también ahora, entre los cuatro muros anaranjados y blancos de mi pieza de hotel— yo sabía que te amaba por todos esos pequeños detalles que tú, sin querer tal vez, vas poniendo como flores rosadas, azules, celeste, en mi vida.

En San Rosendo, el viento traía ya pregones de un alba todavía invisible. La ciudad se ofreció a mis ojos como un dormido campamento de casas fantasmas, bajo una luna menguante que se iba deslavando en calofríos de topacio nuevo. Y, por la orilla de las viviendas, —plata yerta y silenciosa—, un gran río se iba con paso grave, como quien conoce los senderos de la eternidad. Era el Laja que desemboca más adelante en el Bío-Bío, como si el agua abriese dos brazos de plata sobre el seno de su amante, la tierra. Me fui al vagón con toda aquella belleza refulgiendo en mi sangre, y quise dormir. Pero la madrugada me sorprendió con los ojos abiertos, mirando el techo del vagón. Entonces, al volver mi rostro hacia el oriente, tuve el deslumbramiento de un espectáculo, nunca visto. En el cielo empezaba a insinuarse una débil e imprecisa claridad, que visiblemente se hacía poderosa como una anunciación. Luego me salta-

ron a los ojos, muy bajas, muy apegadas, al horizonte, unas nubes de un negro dramático, siniestro casi. Y, bajo estos manchones que eran como trazos de tinta, iba extendiéndose un tono topacio, levemente anaranjado, con celestes pálidos y rebordes como de flores de durazno. La sinfonía de colores ganaba en intensidad, en una orquestación maravillosa que invadía la gran comba del cielo, apagando las estrellas heladas de viento. Y, como acorde final, todo esto se proyectó hacia abajo, hundiéndose en la tierra misma: era que el Bío-Bío, ancho y majestuoso, copiaba como un fiel y puro espejo el prodigio esplendente de aquel amanecer inolvidable.

Llegamos a Temuco, pasando por las ondulaciones del paisaje, a las 9.15 de la mañana. Y, desde aquí, yo tengo un barajamiento confuso de araucarias, helechos, quelantares, canelos y árboles de un verde distinto en absoluto de cuantos hasta hoy había conocido.

A la 1.37 de la tarde, Valdivia nos acogió con el agua espejeante y quieta del río Calle-Calle que nos vino acompañando en el trayecto por un buen rato. Almorzamos a las 2.40, en este hotel Palace, de donde te escribo. Como habremos de permanecer acá tres días por lo menos, te contaré fielmente mis aventuras y mis impresiones de esta ciudad.

Por ahora, Isolda, sabe que te amo con todas las fuerzas de mi corazón; que en cada cosa bella que voy mirando, te envío un beso emocionado con toda la emoción que percibo, y que, en esta primera noche a 800 kilómetros de tus brazos, yo voy a estrechar tu cuerpo pequeño y moreno contra mi duro pecho.

Abraza a la Vieja y dile que también he pensado en ella. Tú sabes, Isolda, que yo la estimo y la quiero de verdad.

Son las 11.25 de la noche. Todos mis compañeros duermen. Sólo yo veo y desde mi cuarto te digo, una vez más, que te amo inmensamente. Buenas noches.

Óscar



GRAN HOTEL HEIM - PUERTO VARAS

CASILLA 6 D — TELEFONO 90 — DIREC. TELEGR. «GRANHEIM»

Isolda:

Estuve, hace un momento, mirando el Lago, solo en la soledad de la noche austral. Arriba, la Cruz del Sur, con su estrella pequeñita en la cual prometimos juntarnos. A lo lejos, la luna, roja por el humo de los incendios distantes que no consiguen, sin embargo, apagar la belleza de este cielo caliente de estrellas.

Ahora, he vuelto al hotel. Para conversar a solas contigo. Y para decirte, como una oración en esta soledad —porque estoy solo, solo en esta hora— que te amo.

Yo no sé, Isolda, si a veces creerás que no significas nada en mi vida. Aun yo mismo, en alguna ocasión, he llegado a no sentirte en mi vida; pero ahora pienso que tampoco se siente la sangre en las venas, ni el latir del corazón y, sin embargo, basta que una u otra de estas cosas se detenga para que uno se sienta de cara a lo irremediable.

Esta separación, más que otras, me ha hecho sentir cuánto lugar ocupas en mi vida. Sigo siendo aquel mismo muchacho ilusionado que te acompañara un día a la estación ignorando que esta cercanía tuya iba a ser para siempre.

Quisiera tenerte conmigo ahora, aquí mismo, junto a esta misma piececita clara en que te escribo para que saliésemos como dos novios a vagar por esas calles que una vez conocieron tu paso.

Estoy tratando de llegar a ti, de hacerte sentir que eres como un calor de amistad en mi mano que escribe, como una presencia en esta hora que he robado a los demás para estar contigo.

Compréndeme así, recíbeme así, claramente, en esta hora de recogimiento y de añoranzas. Sabe que te quiero, con lo más puro y noble de mí mismo.

Recuerdo también —¡y con qué insistencia!— a Ivelda. Es una pequeña llamita morena ardiendo entre nuestras dos vidas. Cuídala tú para ambos. Haz que cuando regrese tenga esa misma sonrisa que a veces me humedece el corazón. Protégela y bésala suavemente, si está durmiendo, para que ella sepa que fui a visitarla.

A la Vieja —¡grande, buena y sufridora Vieja!— dale un abrazo y una palmada. Que

también ella sepa de mi estimación y de mi recuerdo. Que sienta que comprendo sus sacrificios y los agradezco.

Y tú, guárdame y guárdate. Sé como una almohada infinita donde yo pueda poner tranquilo mi corazón llagado de estrellas, horizontes y lágrimas.

¡Te amo!

Pto.Varas, 19-1-45

Óscar

las 10 de la noche:

mañana vamos a Ensenada y pasamos a Peulla.

Irás conmigo a través de los lagos y de los paisajes como un resplandor de emoción y de nostalgia.

Te quiero



Isolda:

Anoche, luego de terminar la carta, salimos un rato a vagar por el pueblo, Gonzalo y yo. La plaza –chiquita, un poco vulgar– hallábase animada por el continuo ir y venir de las gentes –turistas en su mayoría que seguían con sus pasos el compás de una banda. Continuamos hacia el muelle que hay sobre el río Valdivia y allí me sorprendió un inesperado espectáculo. Frente al muelle, y separada de la ciudad sólo por el río, queda la isla de Tejas, un pequeño vergel poblado de árboles, plantas y viviendas que se asoman sobre el agua. Esta isla ha sido convertida en un centro industrial, y al verla desde lejos, nadie imaginaría que allí se desarrolla una febril actividad. Hay demasiada poesía en los árboles, en las casas de madera y en las embarcaciones amarradas a la orilla. Pues bien, de noche, las luces de las casas y de las calles se encienden y su reflejo se prolonga, alargada y cabrilleantes, sobre las aguas oscuras. A veces, como manchas movibles, pasan siluetas de botecitos y sólo se distingue, vagamente, a los ocupantes cuando atraviesan una de las franjas de luz proyectada en el agua. Poniéndose al borde del muelle, uno siente la sensación de estar suspendido sobre el espacio infinito: el río parece otro cielo inverso en el agua que corre muy mansamente. ¡Y tú no estabas a mi lado para mirarlo!

Lunes 9.– Prosigo escribiéndote por la mañana. Una de estas clásicas lluvias valdivianas, intempestivas y mojadoras, nos ha recibido al despertar, y hemos debido quedarnos en el hotel. Haré memoria, aprovechando esta inmovilidad forzada, de nuestro paso de ayer.

A las 10 de la mañana partimos del hotel en dirección al muelle. Allí nos aguardaba “Mariluz”, una lancha a motor con capacidad para 40 personas. Nos fuimos en ella a lo largo del río Valdivia y hallamos en nuestro camino botes pequeños, yates de largas y puntiagudas velas, lanchas grandes como la nuestra, atestadas de pasajeros. A ambas orillas de río, una vegetación lujuriosa, con todos los tonos y matices del verde, servía de marco a nuestro viaje. Por entre los macizos de árboles asomaban tejados rojos, verdes, blancos. Ventanas abiertas. Embarcaderos. Lanchas atracadas a la orilla. Pasaban mujeres y hombres remando a nuestro lado. Y el cielo estaba claro y alto como un poema.

Una hora y media duró la navegación. A las 11.20 comenzamos a divisar la herradura del puerto de Corral, con su mar tranquilo. Grandes peces saltaban fuera del agua, como jugueteando. El agua, cambiando de tono, habíase vuelto más verde. El oleaje era más agitado

y podían verse ya vapores de cierto tonelaje, mercantes en su mayoría. Allí estaban el "Rapel" y el "Chile", aguardando carga para marcharse.

Pero nuestro destino era la playa o balneario de "Amargo": un verdadero vergel encantado. Allí los muchachos se bañaron, y yo, capitaneando un grupo, salí de exploración por la playa. Descubrimos dos pingüinos muertos y los llevamos en triunfo para que los viera el resto de la comitiva. Admiración. Chistes. Regocijo.

En Amargo almorzamos. Pero mientras los niños se vestían, yo me encaminé hacia el invernadero del hotel. Conocí allí la "mimosa púdica", una planta semejante a un helecho común que encoje todas las hojas de la rama cuando uno la toca. Luego pude admirar 300 variedades diferentes de quiscos. Los había de todas las formas y caprichos que pudo inventar la imaginación. ¡Y yo, Isolda, pensaba intensamente en ti al contemplar aquellos prodigios de la naturaleza!

A las dos y cuarto subimos de nuevo al vapor para encaminarnos a la isla de Niebla, que de un lado está rodeada por el río Valdivia y del otro por el océano. No podría explicarte tanta belleza. Sabe, eso sí, que viajé imaginariamente contigo por estos maravillosos parajes. Algún día lo haremos de verdad juntos.

Finalizadas las once en Niebla, visitamos un fuerte español y de allí volvimos a embarcarnos para regresar. Eran las 8.10 de la tarde. (Acá oscurece más o menos a las 9 menos cuarto.)

Me olvidaba consignar dos cosas. Después de almorzar en Amargo, nuestra embarcación se detuvo en la isla de Mancera y en el puerto de Corral, desde donde nos dirigimos hacia los altos hornos para presenciar la fabricación del hierro. Pero esto es secundario. Lo consignó sólo para ser fiel a este detalle de mi vida lejos de ti.

El retorno por el río atardecido, fue otro espectáculo que no podré olvidar. Íbamos de nuevo, esta vez por el agua, al encuentro de la noche. Y la noche llegaba con su cargamento de estrellas, de reflejos y de maravillas. Se encendieron las luces de los faros colocados a orillas del río. Y sus luces parpadeantes eran saetazos de oro en las aguas tranquilas. Yo miraba las estrellas, buscando la Cruz del Sur para regalártela. Y la encontré por fin, fiel y esplendente, casi sobre mi cabeza. Por un rato, estuve contigo en la estrellita pequeña. ¿Me sentiste?

Después, la llegada al muelle y al hotel. Acostarse. Decirte buenas noches a través de todas las distancias. Dormir.

Hoy, ha venido a despertarme la lluvia.

Mañana nos vamos a Puerto Varas. Luego, a Puerto Montt. Nuestro regreso es el sábado, para estar por allá el domingo. Entonces podré estrecharte de nuevo en mis brazos y decirte que te amo, como te lo digo ahora en un beso largo y profundo. Siénteme contigo, Isolda. Recibe esta ola de ternura que me sube pecho arriba al recordarte. Y no te olvides demasiado de mí. ¡Te quiero!

Óscar

Un grande abrazo para la vieja, a quien he recordado con verdadero afecto. Quiero para ella un destino de luz.



Isolda:

Tras dos jornadas a través de montañas imponentes y altísimas, hemos establecido nuestro campamento en un punto denominado "El Corral de Piedra", donde hicimos nuestro bautismo montaños.

El paraje queda encajonado y a una altura aproximada de 1.600 metros. Lamento con toda mi alma que no puedas estar conmigo para que contempláramos juntos esta naturaleza exuberante y variada.

Desde la altura divisamos Rancagua, como un pequeño caserío en la distancia. Todos los exploradores nos reunimos en las tardes, cuando las luces del pueblo se encienden, para recordar a los ausentes. Aquí se han vuelto sentimentales los hombres más prosaicos. Drago se entristeció ayer pensando en que se había disgustado con su señora antes de partir. González Miqueles, con la cabeza entre las manos, se paró frente al crepúsculo y casi, casi se le asoman las lágrimas con la evocación de sus chicas y su señora.

Es posible que te extrañe un poco el tono de esta carta. Pero vas a comprender cuando te diga una cosa: como no tenemos sobres, hay que mandar este recado abierto hasta la mina "El Inglés", desde donde te lo harán llegar.

Tengo muchas cosas íntimas que decirte, pero no puedo exponerlas a la indiscreción de ojos extraños. Sabe, eso sí, que tu recuerdo permanece invariable en mi espíritu.

Dale un abrazo la vieja y dos palmadas en el "popó" a Manuel.

Para ti un beso largo de

Óscar

Nuestra vuelta: el martes 25, a más tardar.

Hazles un favor a los expedicionarios. Pasa a "La Tribuna" y pregunta si hay contestación para los demás compañeros. En caso afirmativo, las entregas a don Alán Rojas que se encargará de mandarlas a la montaña.

Isolda de Castro

Cuevas 73



24-I-45

Isolda:

A las 7 de la tarde llegamos ayer a esta ciudad, después de 7 horas de tren. Tuve que comenzar de inmediato —después de bañarme y cambiar de ropa— los trámites para contratar una lancha. Por la noche me vine a la pieza con un solo deseo: dormir. Y, a pesar de que mi pensamiento seguía unido a ti, a Ivelda y a la Vieja, no pude escribirte.

Esta mañana, a las ocho y media partimos a Corral, pasando por Niebla y Amargos. Hemos regresado hace hora y media. Son las diez de la noche y estoy en cama escribiéndote. Quiero que sepas que te amo con el fervor de siempre. Que vas en mi corazón como un refugio supremo contra todos mis sinsabores. Que eres la única cosa en que puedo pensar con claridad y confianza. Te he dicho que con los muchachos puede contarse muy poco: tienen su mundo bastante ajeno al mío y sólo a ratos se me entregan con verdadera sinceridad.

Pero no hablemos de ello. Echo de menos mi hogar y cuento los días que me faltan para volver a tus brazos. Un deseo tiránico me persigue. Estar tendido junto a ti, sencillamente, sin otro anhelo que el de sentirte como una tranquila caricia. Me hace falta la risa desganada de Ivelda, esa cosa tan simple que basta para llenar mi espíritu de luz. Las empleadas de por acá son atentas, nos atienden bien y me hacen extrañar los rezongos de la Vieja. ¡Cuánta cosa bella, noble y buena hay encerrada en las cuatro paredes de mi casa, tu casa!

¡Qué largo es el tiempo cuando lo cuenta un corazón impaciente! Estoy acá y prometo no ver nunca el sur si no es contigo. Me figuro que mi alma es solamente la mitad de algo y que por ello no puede disfrutar de la belleza del mundo. Allá, cuando algo me hería, yo buscaba mi hija y mi madre. Pero acá... Es un país frío, con mucha bruma, sin refugio posible.

No quiero decirte estas cosas, pero ellas salen, y es mejor que las escriba, porque de lo contrario se me llenaría de lágrimas el corazón. Perdóname y quíereme, Isolda. Yo no debí haber venido, porque te voy a confiar que me duele como un oscuro remordimiento el mirar estas casas que tú no puedes ver. ¡Arregázame en tu pecho y bésame siquiera una vez para escapar de mi desamparo!

Mañana salimos para Concepción. Si no fuera por la inseguridad movediza en que nos debatimos, te diría que me escribieras. Necesito unas palabras tuyas. Algo que te aproxime íntimamente a mí. Creo que mañana te pondré un telegrama pidiéndote eso. Será lo mejor.

Y por ahora, buenas noches, Isolda. Voy a poner la cabeza en la almohada y a dormirme como si estuviera tu brazo bajo mi nuca. Estoy en mi hogar. En la pieza vecina, Isolda, se ríe con la Vieja. ¡Qué bien! No me falta nada. Buenas noches.

Fervorosamente tuyo Óscar.



Isolda:

Acabamos de llegar a esta ciudad. Al pasar por el correo, he decidido escribirte para que sepas que ni un momento te separaste de mi mente. Has ido conmigo a lo largo de este viaje que recién ahora comienza a volverse amable. Tengo a mi lado a los muchachos y otros ojos indiscretos que me impiden decirte cómo y cuánto te quiero.

La excursión se acerca ya a su término. Don Aníbal se quedó en Victoria y ahora estoy a cargo de la delegación. Mis relaciones con los alumnos han mejorado bastante. Se sienten más unidos a mí y procuran hacerme olvidar los malos momentos pasados.

Tc quiero. Besa a Ivelda. Abraza a la Vieja.

Óscar



GRAN HOTEL HEIM

PUERTO VARAS (CHILE) - CAS. 6 D - TEL. 90

Isolda:

La fortuna nos ha acompañado a lo largo de toda esta bella excursión. Todos los obstáculos de traslado de un punto a otro, hoteles, arreglo de excursiones, etc., ha encontrado solución inmediata para todos.

Te escribo al regresar de una inolvidable excursión por el lago Llanquihue. Habíamos llegado ayer a Puerto Varas, como te lo anuncié por telegrama, y nuestra primera visita, luego de instalarme en el hotel, fue para el Cerro Calvario, el mismo que tenemos en la fotografía que me mandó Raúl. La palabra humana es pobre para traducir toda la enorme emoción que produce la perspectiva que se ofrece a los ojos. Allá, cuando haga el recuerdo de todos estos sitios recorridos, procuraré plasmar esto que ha hecho arder devotamente mi sangre. Un día, Isolda, habemos de andar juntos por estos parajes en que la divinidad parece morar.

"Santa Rosa" se llamaba el vaporcito que nos llevó esta mañana por el Lago Llanquihue, rumbo a Ensenada. Partimos a las 9.15 de la mañana, con tiempo un tanto tempestuoso. Llovía a intervalos, pero esa cortina líquida -gasa o muselina- no era suficiente para borrar los reflejos grises, acerados, verdes o azules del agua que venía en grandes olas a romperse en la proa de la embarcación, en la cual cabeceaba gravemente como un anciano soñoliento.

Al lado derecho, la vegetación era lujuriosa. Se veían colinas sembradas, amarillas, verdes, ocre. Y pellines y araucarias, y ulmos, y raulíes, y lingues. Por desgracia, el volcán Osorno escondía tras las nubes de acero su cabeza nevada. No lo he podido ver desde que llegamos, pero me imagino que mañana podré observar a este viejo amigo, si hay sol, como lo anuncia el barómetro.

Somos, entre alumnas, alumnos y profesores, 28 personas. Además, nos ha seguido en todas las excursiones un médico santiaguino, el Dr. Peterman, con su esposa. Se nos juntó en Valdivia y se ha sentido bien entre la alegría juvenil. Pues bien, de todos estos pasajeros, 12 debieron sentir las consecuencias del mareo. Yo, que ni siquiera llevé limones, me puse a comer peras en el barco, mientras las víctimas escapaban hacia la borda para vaciar sus pobres estómagos. Yo, contra todas las advertencias, bebí papaya y ginger-ale. ¡Y nada! Me abanicaba como un viejo lobo de mar.

Ensenada es un punto que tampoco admite descripción en la brevedad de esta carta. Allí llegamos a las 12.30, después de tres horas y cuarto de navegación y almorzamos en un hotel digno del paraje. Nuestro retorno a Puerto Varas empezó a las 3 y concluyó a las 6.30.- Mañana iremos a La Poza en la mañana y por la tarde partiremos a Puerto Montt.

Entre tanto, Isolda, sabe que mi corazón te ha llevado emocionadamente a lo largo de este maravillado peregrinaje. Te amo y te recuerdo en cada cosa bella que miro. A veces me aparto de todos para dedicarte mi mejor pensamiento. Hoy, por ejemplo, mirando desde el muelle la puesta de sol (al atardecer el tiempo se compuso), dije desde lo profundo de mi ser: "Para ti, Isolda". Y fue como si mi sangre se hubiese iluminado. ¡Te quiero, te quiero inmensamente!

Abraza por mí a la Vieja y siente mi beso en estas palabras.

Óscar



GRAN HOTEL HEIM - PUERTO VARAS

CASILLA 6 D — TELEFONO 90 — DIREC. TELEGR. «GRANHEIM»

Isolda:

En este momento hemos vuelto de La Poza. El paisaje tenía la maravillosa belleza de siempre; pero yo me sentía solo en medio de todos. Para nosotros, como una confesión, te diré que me hastía un poco la presencia de estos muchachos entre los cuales no hay uno solo con sensibilidad. Pasan por sobre las cosas como si fueran ciegos y sólo piensan en llegar a Valdivia ¡para bailar!... ¡Como si no pudieran hacerlo en Rancagua, los estúpidos!

Llega un momento Isolda en que uno desea compartir con alguien la belleza que ve. Me haces falta para no estar solo frente a la maravilla de esta tierra. Me hiciste falta en la travesía de los lagos. Sentí tu ausencia frente al volcán Osorno, frente al Puntagudo, al Techado y al Calbuco que casi pueden tocarse al pasar junto a ellos. Don Aníbal —¡santo y buen Rector!— hablaba de geografía frente a ellos. Nadie expresaba una cosa definitiva. Uno llegó a decirme que eran igualitos a las tarjetas postales...

Me he alejado de todos para estar contigo. Te juro que voy sintiendo una fatiga como si hubiera volado mucho y ya mis alas quisieran plegarse. ¡Qué lejano el alero de tu pecho! ¿Qué haces ahora? ¿Sientes acaso mi angustia? ¿Sabes, por intuición, que este viaje me ha sido un sufrimiento?

Yo quisiera escribirte ahora con las palabras más hondas y calladas, como si tuviera entre mis manos el calor de las tuyas. Tengo una especie de sollozo en el corazón, algo desconsolado que no pide sino dormir para librarse de algo. ¡Y faltan aún tantos días para nuestro retorno! Tengo la idea de que no me has acompañado y de que hay algo hostil y frío que te impide llegar a mí. Creo que no volveré a visitar estos lugares si no es en tu compañía. Mis días carecen de verdadero calor. Y hay bruma en los paisajes. Y hay menos resplandor en las aguas.

Me consuela pensar que a la vuelta me aguardas tú. Ya mañana estaré más cerca, pues partiremos a Valdivia en el tren de la mañana. Ojalá allí te sienta más próxima, viendo los paisajes que miramos juntos.

Toma a Ivela y bésala: ojalá así lo sienta, a través de ti, como un beso en la carne desnuda de mi corazón.

Abraza también a la Vieja para que pueda allegarme al hogar que es para mi espíritu más hermoso que todo esto.

Que te vaya mi beso en estas líneas. Que me sientas en el latir de tu sangre y en el ritmo de tu aliento. ¡No me olvides!

Oscar



6 de febrero de 1945

Isolda:

La cordillera nos ha tratado un poco mal. El primer día —más bien dicho, la primera noche— comenzó a llover, y a la madrugada el agua empezaba a invadirnos la carpa. Al día siguiente, nevó todo el día y al otro, para variar, también. Afortunadamente, el propietario de las termas nos proporcionó una pieza con camas y allí dormimos dos noches. Luego te contaré algunas otras pequeñas incidencias.

Por el momento lo estamos pasando bastante bien. El panorama nevado es impresionante. Los veraneantes, todos cordiales y bellas personas.

Pero yo pienso en ti. Anoche por fin lució su pedrería el cielo y allí estaba la Cruz del Sur, sobre las cimas quietas y altas. Sobre la nieve me quedé contemplando la maravilla, con tu recuerdo florido en mi alma.

Cada noche he pensado cosas pequeñas que se relacionan contigo, con Ivela, con la Vieja.

Ese día que me fuiste a dejar a la estación, Raúl nos dijo que el tren ya venía y nos separamos bruscamente. Yo obedecí al imperativo de encontrar un asiento y quebré nuestro abrazo. Luego, Raúl me dijo que nos habíamos adelantado un poco y entonces yo volví a la sala de espera para buscarte. No estabas allí. Y yo me vine con una especie de vacío en el corazón.

Estoy haciendo lo posible por que regresemos antes de la fecha que habíamos fijado. Quiero estar junto a ti de una vez y sentir tu vida junto a la mía. Esto que me rodea puede ser muy bello, pero no tiene sentido porque tus ojos no lo miran.

Besa largamente a Ivela. Abraza a la Vieja. Y recíbeme a mí que te amo con la tristeza de los desterrados.

Oscar

10 de febrero de 1946.

Isolda:

“El Flaco” no me recibió tan bien como yo hubiera querido. Anoche dormí mal, semi-abogado, y aún ahora no acabo de reponerme totalmente. Creo que este malestar se debe al esfuerzo de traer la maleta hasta Freire y luego al olor de Flit que había en la pieza. Espero amanecer repuesto mañana.

Te escribo antes de meterme a la cama, después de haber pensado intensamente en ti, en Ivelda, en la Vieja. Es probable que tú nunca logres saber cuánto significan ustedes para mí. Alejado de mi casa, o cuando ustedes faltan de ella, me imagino que ando vacío, que no tengo todo el apoyo que me hace falta.

Hace un instante, miraba la Cruz del Sur. Anoche, recién llegado, busqué por el cielo las cuatro estrellas amigas. Hallarlas fue como encontrarte un poco. Este viento de altura, tan lleno de soledad, me fue de pronto una caricia, y tuve seguridad sobre la tierra. ¿Sabes que acá nunca he podido yo orientarme bien? Pues bien, al saber de pronto cuál era la ubicación de los puntos cardinales, pude dirigir sin tropiezo mis pensamientos hacia mi ciudad, y allí, en un costado de ella, a mi casa, a mi cuarto, a la cama en que duermes y a la silla en que extiendes tus vestidos. Anoche, cuando temía que me sobreviniera un ataque, tú también —y esos objetos familiares— eras mi solo alero y mi regazo supremo. Es que te quiero con algo que está por encima de los años y por sobre esa tremenda capa gris que los días van poniendo a las cosas que nos son amadas. Recordarte aquí en esta altura abrumada de estrellas es volver a la infancia de mi corazón, es ir contigo por las calles, es acompañarte a casa de aquella costurera que te hacía los trajes, es besarte otra vez en aquella plazuela donde tú me esquivaste la boca; es ir por la alameda, a la orilla de la acequia, mi brazo en tu cintura, y es perseguir un número de lotería —premiado con un millón de ilusiones— que se nos iba por la corriente. Dime ¿tú te acuerdas a veces de estas cosas y las revives con tanta intensidad como yo ahora?

Había pensado escribirte sólo una carilla; pero el tiempo ha corrido y aquí sigo, a tu lado, sin resolverme a que nos separemos.

Debo decirte aún algunas cosas de las que suceden acá.

Las chiquillas y la Chela se acostumbran bastante, a pesar de la escasez de entretenimientos. La Chela camina sin cansarse, a pesar de lo empinadas que son las subidas. Es admirable. Al ver que estoy escribiéndote, me ha pedido que te mande un abrazo.

He hallado aquí a numerosos amigos; el dentista Henríquez, monsieur Chappuis (que llegó hoy), Roque Castro y ... ¡Mariano Latorre! Por aquí anda el novelista interrogando a los pájaros y escarbando las rocas. Se ha portado sumamente amable conmigo y me ha elogiado *Comarca del jazmín*. Entre Henríquez y Roque, tratarán de conseguir que el Instituto Pedagógico (del cual Mariano es Director) me dé facilidades para obtener mi título. Ojalá me ayude la suerte.

Nada más por ahora. Cuando recibas esta carta, besa por mí a Ivelda en el piccecito derecho, abraza a la Vieja y recibe, con los ojos cerrados, el beso que te doy en el corazón desnudo.

Fervorosamente tuyo,

Óscar

Mi dirección: Casilla 188 (Termas de "El Flaco"). San Fernando.



Isolda, mujercita:

Se me cayeron las lágrimas, en mitad de tu carta. Había allí algo tan bello, tan profundo, que me traspasó tu sinceridad. Créeme que hacía tiempo que no experimentaba una emoción tan pura y transparente, y, al mismo tiempo, tan honda. Te escribo aun con tus palabras en el corazón, iluminado por tu presencia que llena la noche y palpita en la más pequeña de las estrellas de nuestra Cruz. ¡Te quiero! Siente cómo te lo digo, con qué intensidad voy a ti, cómo palpito en cada una de estas palabras.

Estoy bien ya, muy bien, gracias a un remedio maravilloso que me dio Roque Castro. Se trata de unas pastillas que tienen algo de mágico en sus efectos. Tengo una caja con 12 en mi cartera. Me ha bastado con una para curarme. Creo que ya no tendré ningún miedo del asma. Parece que este viaje estaba marcado por algunos signos especiales. He hablado con Mariano Latorre y me ha ofrecido el puesto de bibliotecario del Pedagógico. Sacando cuentas con Roque, resultan \$4.000 al mes, con un trabajo sumamente aliviado. Lo hablaremos el 19, cuando yo regrese.

No puedo escribirte más por ahora. Son las once de la noche y debo entregar esta carta al chofer de la góndola que sale mañana temprano. Él está esperando aquí a la puerta.

¡Te quiero! Te beso en la boca y en las manos amadas, y en los ojos, y me arrodillo ante tu corazón por las buenas palabras y los buenos recuerdos que has traído. ¡Te quiero!

Óscar

¿Has sabido algo de Baltasar Castro?



Nata:

Desde el lunes he vivido en una enorme y fría soledad orillada en el espíritu. No es la soledad romántica y dulce que hace años yo gustaba de cultivar y prolongar, sino una cosa más dolorosa, más trágica, nutrida por mi propia sangre, viviendo apegada a las raíces mismas de mi ser.

Quiero que me creas: no digo estas cosas por llenar líneas del papel, sino porque las siento, las vivo angustiosamente, con toda la potencia de mi sensibilidad, de mis nervios y de mis huesos.

Mira: estas cosas que me rodean, estos amigos que vienen hasta mí con rostro alegre, esta pieza en que te escribo, esos acontecimientos que se desarrollan ante mi vista, todo eso, y mi propia existencia, las manos con que te escribo, todo, todo, me parece irreal, lejano, como si algo me faltase para poder percibirlo en plenitud.

Y con una alegría interior que se levanta como una lumbrarada por encima de mi desolación, compruebo que te amo, que eres, milagrosamente, la novia del romance aquél en que la luna tiene crinolina de rosas.

Te quiero, Isolda, y sufro contigo cada dolor que tienes. Esa sala vasta y desprovista de alma en que te encuentras, es en mis recuerdos una cosa hostil y amarga de la (que) quisiera libertarte.

No sabes cuánto me he alegrado de que pienses venirte. Quiero que estés conmigo, que vivas en mis brazos como alientas en mi corazón. Deseo besarte en la boca y en los ojos, apretar tu pequeño cuerpo contra mi pecho y sentir la presión de tu cabeza en mi brazo, al acostarme.

He hablado recién con la vieja. Me contó todos sus trajines, todas sus andanzas. Y después de oírla, me he venido a la pieza con el corazón apretado por un puño frío. ¡En medio de tu soledad y de los seres que hay en torno tuyo, sabe una sola cosa, Isolda: que te amo, te amo con el alma estrujada de sollozos, con mi vida entera que yo quisiera hacer de seda para ti!

¿Tengo que hablarte de mi vida y de mis cosas de siempre?

No he escrito nada, no he leído nada. Creo que en realidad no he pensado nada a fuerza de tanto pensar. Hoy consulté a Cruzat acerca de unas verrugas que tengo en la mano izquierda, y él dictaminó: —“Debilidad general; tome un tónico, Castro”.

En realidad, siento físicamente la sensación de que estoy débil. Es mucha la tensión de mi cerebro, excesiva la placidez de mis músculos.

Tomé la pluma con el propósito de escribirte mucho, y ya estoy cansado. Cansado físicamente. Tengo que dormir y reponerme Ñata. Estar perfectamente para el miércoles, porque el miércoles iré a verte, junto con la Luzmi.

Y nada más Ñata. Buenas noches. Te quiero. Quiero pensar que me estás aguardando en la cama. Que voy a besarte, y que te acurrucarás sobre mi corazón.

Te beso con toda mi alma en los labios. ¡Te quiero!

Óscar



Chiquilla:

Aprovechando la tregua de la hora de almuerzo, te escribo para que tengas una carta mía, mañana domingo, día en que todas reciben visitas y en que tú tendrás que pasar sola en esa fría sala que me produce escalofríos sólo de recordarla.

Estoy contento, Nata, de haber recibido buenas noticias tuyas. El estado de postración moral en que he vivido estos días, hizo crisis anoche y ahora estoy ya casi sereno. Deseo solamente que no te sobrevengan complicaciones y que puedas venirte sin cuidado apenas terminen esas dichas aplicaciones de Ultra que tardan una eternidad en concluir.

Hace unos momentos, Peña y Lillo estuvo preguntando a la Caja de Seguro si disponían ahí de un aparato para que puedas seguir aquí el tratamiento. Le contestaron que sólo tenían rayos ultravioleta y diatermia. Hoy por la tarde continuaremos nuestras averiguaciones y el miércoles cuando vaya te comunicaré el resultado de ellas.

Mi carta anterior creo que iba demasiado cargada de pensamientos negros. Es que me sentía tan solo, tan abandonado, que vacié ahí mi desesperanza. Perdóname. Hoy te quiero con mayor claridad, con el corazón vestido de luz, con mi vida arrodillada ingenuamente en tu recuerdo. Me parece que algo bueno se aproxima y tengo el presentimiento de que habrá de llegar pronto. ¿Qué será Isolda? ¿Noticias favorables acerca de mi libro? ¿Dinero, tal vez? No lo sé; pero aguardo alguna cosa buena que puede llevar un poco de dicha –de esa dicha que tan caro se paga– a tu corazón y al mío.

Me olvidé en mis líneas anteriores de decirte lo que resultó de mi nuevo viaje a donde Nascimento. Fui a la imprenta y pude comprobar que el libro está ya entregado al Administrador, esperando turno. Este caballero –un señor gordo, de anteojos, con facha de despachero italiano– me recibió afablemente y tras conocer mis pretensiones, me dijo que no dejara de mano a don Carlos, porque este señor tenía una memoria demasiado frágil... Dediqué *Camino en el alba* en la forma siguiente: 1ª parte a Ernesto Galliano; 2ª, a Óscar Avendaño; 3ª, a Sergio Drago Iturriaga; 4ª, la relacionada con España, a mi Maestro, y el Poema de la Tierra, al gordo e indecente señor Armando Loyola. Nada más. Todo lo demás es tuyo, por más que tú quieras decir lo contrario, Nata mal agradecida.

Aquí me detengo para consultar el reloj. Es la una menos tres minutos, hora oficial de la

República. La vieja tiene el almuerzo listo, pero yo no pienso soltar la pluma todavía. Quiero estar contigo por lo menos unos veinte minutos más.

Una noticia que me concierne. Mi estimado (?) patrón fue ayer a San Fernando para finiquitar un negocio. Se trata de sacar "La Tribuna" en ese pueblo simultáneamente con Rancagua. Él se irá a la capital de Colchagua y piensa dejarme al frente del periódico en esta ciudad. Está seguro de que yo aceptaré, pero ... tú sabes mi modo de pensar al respecto.

Esto del periódico en San Fernando, es cosa hecha. Fue aprobado por la Asamblea Radical de allá y falta sólo comprar una prensa con capitales que se le proporcionarán a Peña y Lillo. Pero cuando llegue el momento de producirse el hecho, yo le diré que no y tendrá que recurrir a Martínez Sotomayor. Dime con absoluta franqueza qué te parece mi actitud.

Pero dejemos a un lado estas enojosas cuestiones. Necesito decirte de mi cariño, de mi emocionada devoción hacia ti, de mi recuerdo que siempre está yendo a visitarte, aun en medio de mis más intensas tareas. Estas últimas noches, antes de dormirme, he ido a verte. Con toda mi voluntad y mi concentración puesta en tu recuerdo, he salido de casa, haciendo el mismo trayecto que efectúo en realidad cuando voy a Santiago. Y así he arribado al Hospital. El pasadizo largo, la puerta que se abre, el rostro de la monja francesa, las facciones de tus amigas de enfermedad ¡y tú! Inclinado sobre tu lecho te he besado largamente, ansiosamente, en la boca amada. Y te he acariciado el pelo, las caderas, los muslos, el vientre... Y luego, acostado junto a ti, he sentido tu cabeza en mi brazo, el ritmo de tu respiración, el latir de tu corazón mío. ¡Te quiero, Isolda! Voy a decírtelo aquí, emocionadamente, cuando regreses, cuando te acurruques contra mi pecho, cuando mi brazo rodee tu cintura, cuando pueda besarte sin que nadie nos vea.

Perdóname. Tengo que irme. Hace rato que la vieja tiene listo el almuerzo y la siento trajar por ahí con marcada impaciencia.

Pongo aquí a vivir mi corazón para que pueda besarte las manos que toque esta carta. Siénteme junto a ti, recuérdame y recíbeme cada vez que vaya, en emoción a visitarte. ¡Te quiero con toda mi vida, Isolda! Soy tuyo en cada latido de mis pulsos. ¡Te amo!

Óscar

Julio 9, a la 1.22.

La vieja te manda un abrazo bien grande.



Isolda:

Hoy, a la hora de almuerzo, cuando me dijeron que la manifestación a Gacte se postergaba para el martes, yo sentí un júbilo que posiblemente adivinarás: iba a poder verme para estar en mi casa y contigo. Tragué el almuerzo y corrí a la estación. Día sábado: micros repletas. Sólo en la de 5.30 quedaban dos pasajes sobrantes. Mal ubicado, pero podía llegar hasta aquí.

Y estoy aquí, en mi cama, escribiéndote. Hace mucho frío y esta pieza está hoy tan helada como la otra de Santiago. Mejor hubiera sido quedarse allá.

Ivela me preguntaba hace un momento allá abajo: "¿Qué le duele papito?". Y yo le besé silenciosamente la cabeza. No me habría entendido: me duele la vida y soy un estúpido. Me duele la soledad y lo imposible.

Esta semana será para mí de trabajo abrumador. Tendremos que dejarlo todo al día antes de salir a vacaciones. El sábado 12, por la tarde, habrá un acto para entregar las notas del bimestre. No podré verme hasta el lunes por la noche, pues ese día tendré que arreglar varias cosas en la Comisión, en la Tesorería y en el Ministerio.

Será, pues, hasta entonces. Ojalá que para esa fecha hayas regresado de tu pasco. Te besa

Óscar

Te ruego que no trates de ir a Santiago. No podría atenderte. Desde el lunes 14 podremos hablar. Tenemos dos semanas para ello.

Ñata:

Piensa sólo una cosa:

Que te quiero,

y devuélvete.

Óscar Castro



Señora
Isolda Pradel de C.
Mac Iver N° 301
Rancagua

Recién ahora puedo escribirte con alguna tranquilidad... aunque apoyado en un mesón del correo.

Hasta este momento, las cosas marchan bien. En el Liceo me tocó un trabajo muy familiar: la matrícula, y Hernán está contentísimo de mi valiosa e inapreciable (?) colaboración.

Sin embargo, nada podremos saber con certeza hasta la llegada de los profesores. Sólo entonces comenzará la verdadera pelea.

El primer día anduve volando en cuanto a alojamiento y pensión. No pude ubicar a Nicomedes ni a Edmundo. Fui invitado a almorzar por el ex Rector del Liceo y pasé por alto la comida después de unas once contundentes en el centro. Por fin me ubiqué en el hotel Sinarte al lado del Blasco, en Arturo Prat, y dormí solamente un par de horas, debido al ruido de los tranvías. Desde ayer estoy en casa de Nicomedes, en donde me siento muy bien. Intenté ofrecerle unos pesos con toda diplomacia y casi me agarró a bofetadas. Sin embargo, el asunto es un conflicto, porque el "huije" está sin pega. Menos mal que don Francisco Fuentes, con una solicitud muy maternal, se ofreció para instalarme en casa de una familia decente "en donde me cuiden no por el interés de los pesos sino por mi categoría"(!). Espero que esto salga antes del sábado.

Te he echado mucho de menos. Deseo con toda la fibra de mi ser que puedas venirte. Ahora comprendo cuánta falta me haces y cómo mis emociones parecen incompletas y vacías sin ti. Te quiero. Antenoche, más solo que nunca en la inmensidad de Santiago, te busqué en la Cruz del Sur, como en otro tiempo. Allí estabas y allí te beso.

El sábado iré con Hernán y, posiblemente, con Nicomedes. Hasta entonces. Y no me olvides. Y recibe mi beso más hondo. Y otro para Ivelda. Y un abrazo para la vieja.

Óscar.



Isolda:

Fui ayer a la Preventiva y luego de mil trajines (no estaba el Dr. Rodríguez) pude averiguar lo siguiente: 1° mi radiografía anterior salió mala; 2° actualmente el Servicio Médico no tiene placas y no saben cuándo tendrán; 3° una de las secretarias dijo que me había despachado una citación a principios de este mes a Andes 4023. Nadie en el Liceo sabe de la tal citación.

Hoy, entre 11.30 y 12 tendré que ver al Dr. Rodríguez para preguntarle qué hacemos. La Eliana Contesse, a quien llamé por teléfono, me ha dicho que averiguará en El Salvador si pueden sacarme una radiografía barata. Hoy en la tarde sabré la respuesta. También le preguntaré al Dr. si admitirían esto en la Preventiva.

Amanecí de nuevo con un poco de fiebre, pero entiendo que pasará más tarde.

Te mantendré al corriente de lo que vaya sucediendo.

Óscar



remedece al corazón. Protégela
y brácala suavemente, sin estar
hurruendo, para que ella sepa
que fui a visitarla.

A la Vieja - ¡grande, lo-
na y supidora Vieja! - Dale un
bazo y una palmada. Que
también ella sepa de mi es-
tación y de mi recuerdo. Que
cuenta que comprendo sus or-
rificios y los agradezco.

Y tú, guardame y que-
date. De como una almohada
infinita donde yo pueda poner
tranquilo mi corazón llagado a
la vida.

Facsimilar

Anduve después por esas calles, sin desear encontrarme con nadie. Ansiaba tu presencia a mi lado. Te veía en tu cama blanca, entre rostitos desmoronados, y creo que era pena lo que me rondaba. Los doce y media me sorprendieron en la Plaza de Armas. Almorcé en el Viena. Luego se me hizo imperioso el deseo de verte. Al punto estuve de tomar una micro para llegarme al hospital. Me detuvo el temor de perder nuevamente el tren que salía a las 3.20. Alcancé hasta el Santa Lucía. Leí en este sitio veinte y tantas páginas de "Augurientos", de Juan Godoy, libro que no logré interesarne. Fui a curiosear a las librerías de San Diego: no hallé nada para ti. Y luego, el retorno.

Desde aquí quiero repetirte mis promesas de anoche, porque esta vez ellas son verdaderas. Tróldas. Cuando nosolvos, saldremos, solos, para sentir nuestra verdad. Un pequeño programa, como un secreto entre ambos, serán nuestros paseos a lo largo y ancho de Rancagua, mientras llega la buena estación para visitar los alrededores. Perdóname por haberte abandonado un poco. Lo sabes: son estas fuerzas que me tiranizan y me obligan a buscar la soledad. Lo anhelo comportarme entre mi trabajo diario, mi trabajo verdadero y tuyo. El primero de ellos, como cosa impuesta e irremediable; los otros dos como dulces y honradas compensaciones.

Mi regreso ha sido feliz en lo que respecta a la Vija. Hablamos aquí, largamente, como buenos amigos. Volamos un poco a la Luzni y a don Alejandro. Estuvo aquí anoche; le preparé comida. Llegó a las nueve y se fue a las diez y media". Buen síntoma, pero es yo. Más tarde añadí: "No voy a

Palace Hotel

Valdivia

Chile

Valdivia, 7 de febrero de 1942.

Isolda:

Ayer, al mirar por última vez las calles de Rancagua, a través de las ventanillas del tren en marcha, te mandé un beso más de despedida, cerrando los ojos para abstraerme al bullicio de mis compañeros de viaje. Después, a medida que avanzaba la noche ahogando los paisajes, salí a mirar el cielo y busqué en lo alto la Cruz del Sur. Avanzábamos hacia ella o ella venía hacia nosotros como una paloma de luz con las alas desplegadas. La observé, cada vez más encima de mi cabeza, en Talca, en finales, en Chillán. Porque, aparte de dos o tres habituados a los viajes, ninguno de la comitiva podía dormir. Fue una larga sucesión de siluetas de árboles, espejos de agua, brochazos de cactus pintados de blanco. Y, arriba, estrellas, estrellas, más fieles a medida que el Sur nos abría sus brazos. Y, entre todas, las cuatro inconfundibles, en cuya más pequeña solías esperarme. Te recuerdo se hacía en mi tranquilo a ratos y emocionado en otros. Para, evocarte, yo robaba a tu alma tus gestos infantiles, tus actitudes de pequeña regadora, tus palabras tan amigas de mi corazón. En esos momentos - y también ahora, entre los cuatro muros anaranjados y blancos de mi pieza de hotel - yo sabía que te amaba por todos los pequeños detalles que tú, sin querer tal vez, vas poniendo como flores rosadas, azules, alistas, en mi vida.

En San Rosendo, el viento traía ya pregoneros de un alba todavía invisible. La ciudad se ofreció a mis ojos como un dormido campamento de casas fantasma, bajo una luna menguante que se iba deslavando en calofríos de topacio nuevo. Y, por la villa de las viviendas, - plata yorta y silencia - un gran río se iba con paso grave, como quien conoce los senderos de la eternidad. Era el Lago, que desce-

GRAN HOTEL HEIM - PUERTO VARAS

CASILLA 6 D — TELEFONO 90 — DIREC. TELEGR. «GRANHEIM»

mi sonrisa que a veces me humedece el corazón. Protégela y besala suavemente, si está durmiendo, para que ella sepa que fui a visitarla.

A la Vieja -; grande, buena y supidora Vieja! - Dale un abrazo y una palmada. Que también ella sepa de mi estimación y de mi recuerdo. Que sienta que comprendo sus sacrificios y los agradezco.

Y tú, guárdame y guárdate. Sé como una almohada infinita donde yo pueda poner tranquilo mi corazón llagado de estrellas, horizontes y lágrimas.

¡Te amo!

Pto. Varas, 19-1-45 Oscar
a las 10 de la noche.

Palace Hotel

Baldivia
Chile

24-5-45

Isolda:

A las 7 de la tarde llegamos ayer a esta ciudad, después de 7 horas de tren. Fui a que comenzara de inmediato - después de bañarme y cambiar de ropa - los trámites para contratar una lancha. En la noche me vine a la pieza con un solo deseo: dormir. Y, a pesar de que mi pensamiento seguía volando a ti, a Isolda y a la Vieja, no pude escribirte.

Esta mañana, a las ocho y media, partimos a Corral, pasando por Mibla y Amaros. Hemos regresado hace hora y media. Son las diez de la noche y estoy en cama escribiéndote. Quiero que sepas que te amo con el fervor de siempre. Que vas en mi corazón como un refugio supremo ~~para~~ ^{entre} todos mis sinsabores. Que eres la única cosa en que puedo pensar con claridad y confianza. Te he dicho que con los muchachos puedo contarme muy poco: tienen su mundo bastante ajeno al mío y sólo a ratos se me entregan con verdadera sinceridad.

Pero no hablemos de ello. Echo de menos mi hogar y cuento los días que me faltan para volver a tus brazos. Un deseo tiránico me persigue: Estar tendido junto a ti, sencillamente, sin otro anhelo que el de sentirte como una tranquila caricia. Me hace falta la risa desganada de Isolda, esa cosa tan simple que basta para llenar mi espíritu de luz. Los empleados de por acá son atentos, nos atienden bien y me hacen extrañar los rezongos de la Vieja. ¡Cuánta cosa bella, noble y buena hay encerrada en los cuatro paredes de mi casa, tu casa!

GRAN HOTEL HEIM

PUERTO VARAS (CHILE) - CAS. 6 D. - TEL. 90

Miércoles 11. -

Isolda:

En fortuna nos ha acompañado a lo largo de toda esta bella excursión. Todos los obstáculos de traslado de un punto a otro, hoteles, arreglo de excursiones, etc., ha encontrado solución inmediata para todos.

Te escribo al regresar de una inolvidable excursión por el Lago Langquibue. Habíamos llegado ayer a Puerto Varas, como te lo anuncié por telegrama, y nuestra primera visita, luego de instalarnos en el hotel, fue para el Cerro Colvario, el mismo que tenemos en la fotografía que me mandó Ralú. La palabra humana es pobre para traducir toda la enorme emoción que produce la perspectiva que se ofrece a los ojos. Allí, cuando haga el recuerdo de todo este bello recorrido, procuraré plasmar esto que ha hecho arder devotamente mi sangre. Un día, Isolda, habremos de andar juntos por estos parajes en que la divinidad parece morar.

"Santa Rosa" se llamaba el vaporcito que nos llevó esta mañana por el Lago Langquibue, rumbo a Ensenada. Partimos a las 9.¹⁵ de la mañana, con tiempo un tanto tempestuoso. Llovía a intervalos, pero esa continua ligidez -pasa e inselina- no era suficiente para borrar los reflejos verdes, azules, verdes y azules del agua que venía en grandes olas a romperse en la proa de la embarcación, la cual cabeceaba gravemente como un anciano con dolencia.

6 de febrero de 1945

Boldo,

La cordillera no ha tratado un poco mal. El primer día - más bien dicho, la primera noche - comenzó a llover, y a la madrugada el agua empezaba a invadirnos la caba. Al día siguiente, nevó todo el día y al otro, para variar, también. Afortunadamente, el propietario de las termas nos proporcionó una pieza con camos y allí dormimos dos noches. Luego te contaré algunas otras pequeñas incidencias.

Por el momento, lo estamos pasando bastante bien. El panorama nevado es impresionante. Lo veraneante, los dos cordiales y bellas personas.

Pero yo pienso en ti. Anoche por fin lució su pedrería el cielo y allí estaba la Cruz del Sur, sobre las cimas quietas y altas. Sobre la nieve me quedé contemplando la maravilla, con tu recuerdo florido en mi alma.

Cada noche he pensado en cosas pequeñas que se relacionan con.

Iconografia



Óscar Castro, en el patio de su casa en calle Mac-Iver 301, Rancagua.



Óscar Castro con Isolda, su esposa, y sobrinos, en las playas de Pichilemu.



Sentados, de izquierda a derecha: Óscar Castro, Carlos Peña y Lillo y Gustavo Martínez Sotomayor. De pie, de izquierda a derecha: Armando Loyola; Jorge Honorato y Gonzalo Drago, en el corredor de la Imprenta La Tribuna, Rancagua.



Óscar Castro, Raúl González Labbé y veraneantes en las Termas El Flaco.

Índice

Introducción	5
Epistolario íntimo de Óscar Castro	7
Cartas de Óscar Castro	11
Facsimilar	45
Iconografía	53



TRABAJAN EN LOM

Editorial Silvia Aguilera, Juan Aguilera, Mauricio Ahumada, Luis Alberto Mansilla, Paulo Slachevsky, Alejandra Caballero **Asesoría Editorial** Faride Zerán, Naín Nómez, Tomás Moulian **Servicio al Cliente** Fabiola Hurtado, Elizardo Aguilera, Carlos Bruil **Producción** Eugenio Cerda **Diseño y Diagramación Computacional** Ángela Aguilera, Ricardo Pérez, Lorena Vera, Jessica Ihaceta, Edgardo Prieto, Claudio Matcos, Carolina Araya, Francisco Leal, Juan Valdivia, Juan Pablo Godoy **Exportación** Ximena Galleguillos **Corrección de Pruebas** Milton Aguilar, Jorge Slachevsky R. **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Ángel Astete, Pablo Villalonga, Luis Tuggener **Preprensa Digital** Josefina Aguilera, Ingrid Rivas **Impresión Offset** Héctor García, Francisco Villaseca, Rodrigo Véliz, Luis Palominos **Corte** Eugenio Espíndola, Enrique Arce **Encuadernación** Sergio Fuentes, Marcelo Toledo, Marcelo Merino, Gabriel Muñoz, Miguel Orellana, Fernando Concha, Daniel Véjar **En la Difusión y Distribución** Nevenka Tapia, Pedro Morales, Elba Blamey, Carlos Jara, Carlos Campos, Nora Carreño, Georgina Canifré, Gabriel Pérez, Gastón Sobino, Jorge Benítez, Soledad Martínez, Lucas Lecaros, Luis Fre, Jaime Arel, Miguel Sandoval, Mauricio Rojas, Cristián Pinto, Victoria Valdevenito, Nelson Montoya, Mary Carmen Astudillo, Alejandra Bustos **Área de Administración** Marco Sepúlveda, Marcos Álvarez, Juan Carlos Rojo, Diego Chonchol, Mirtha Ávila. *Se han quedado en nosotros Adriana Vargas, Anne Duattis y Jorge Gutiérrez.*

LOM
PALABRA DE LA LENGUA
YÁMANA QUE SIGNIFICA
SOL

© Dirección de Bibliotecas
Archivos y Museos
© LOM Ediciones,
Agosto del 2000
I.S.B.N: 956-8026-00-2

Este libro fue impreso en 1.000 ejemplares.
Motivo de la cubierta: Composición Angela Aguilera

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM

Concha y Toro 23, Santiago
Fono: 6885273 Fax: 6966388

Impreso en los talleres de LOM
Maturana 9, Santiago
Fono: 6722236 Fax: 6730915

Impreso en Santiago de Chile.

Bolda

La cordillera no ha
poco mal. El primer día - en
la primera noche - comenzó a llover
madrugada el agua empezaba a
la carpa. Al día siguiente, nevó
y al otro, para variar, también
llovió. El propietario de la
proporcionó una pieza con carpa
dormimos dos noches. Luego
algunas otras pesqueras más.

Por el momento, lo es-
to bastante bien. El paisaje
es impresionante. Los ríos
de cordales y bellas vistas.

Pero hoy que
por fin lució por primera vez
allí estaba la Cruz del Sur.



9 799568 026003